

HOMENAJE GREGORIO LUPERON Y BENIGNO FILOMENO DE ROJAS EN EL PANTEON NACIONAL

Por Julio G. Campillo Pérez (A. D. H.)

Hace justamente 21 años en el agosto de 1976, tuve el singular privilegio de estar en este mismo sitio, frente a estos sagrados sarcófagos para exaltar, durante la inhumación de sus próceres, a la gran figura patriótica de Ulises Francisco Espaillat.

Hoy en este agosto de 1997 gracias a una acertada disposición del Presidente de la República, Dr. Leonel Fernández Reyna, vuelvo a repetir mi presencia, ahora para saludar y reverenciar, el traslado a uno de los nichos centrales de los restos de la máxima figura restauradora; de Gregorio Luperón, como para, en el otro nicho, rendirle homenaje simbólico del cenotafio de los huesos perdidos de uno de nuestros más prominentes próceres civiles, Benigno Filomeno de Rojas. De esa manera, en esta tumba central del prebisterio se reúnen, a través de un extraordinario homenaje, las personalidades más sobresalientes de la Restauración, como lo fueron Ulises Francisco Espaillat, Gregorio Luperón y Benigno Filomeno de Rojas.

Gregorio Luperón no fue uno de los iniciadores del movimiento patriótico que surgió en Capotillo el 16 de agosto de 1863, pero su trayectoria valiosa desde el terrible incendio del 6 de septiembre siguiente lo fue convirtiendo en el mayor adalid militar de los ideales liberales e



independentistas que habían sembrado Juan Pablo Duarte y los trinitarios; una República Dominicana libre y soberana, sin sujeción a ningún poder extranjero, fuera americano, europeo o haitiano.

Gregorio Luperón no descansó en rechazar las intervenciones que se planificaron después de la fracasada Anexión a España y aún más, no se identificó jamás con el caudillismo baecista que abrazaron lamentablemente muchos de sus compañeros de armas, especialmente los terratenientes de la Línea Noroeste, quienes formaron parte de grupos que auspiciaban el retorno al poder de un demagogo que nunca tuvo fé en el destino autónomo de su patria, no obstante haber ocupado el sillón presidencial repetidas veces y ser aplaudido por multitudes preñadas de fanatismo e ignorancia.

Luperón se solidarizó vehementemente con la línea patriótica que nació con la Restauración, donde se luchaba por una conducta gubernamental de respeto a las libertades públicas y a los derechos ciudadanos. Por eso llegó a brillar con colosal estatura en el Partido Azul, un partido que surgió en el Cibao Central y que se extendió por todos los confines de la República, promocionando ideas patrióticas modernas y progresistas, y dentro del cual Luperón se mantuvo por varios años como la cabeza dirigencial. Sin embargo, el tiempo entronizó una situación totalmente contraria a los principios luperonianos, y éstos al sucumbir, hicieron que nuestro héroe tomara el camino del exilio. Gracias a Dios que hoy la Patria tiene sus despojos en uno de sus altares más excelsos.

Benigno Filomeno de Rojas, que tuvo que abandonar su lar nativo, Santiago de los Caballeros, a muy temprana edad, pudo retornar a su casa un cuarto de siglo después, tras residir en Venezuela, Estados Unidos e Inglaterra. Llegó con formación inglesa y norteamericana, y con



estas enseñanzas defendió, hasta donde las circunstancias se lo permitieron, las ideas democráticas que había aprendido en sus años de juventud. No luchó de manera frontal contra el despotismo de Santana, pero siempre mantuvo una actitud avanzada que plasmó en muchas leyes y en las constituciones del 25 de febrero de 1854 y del 19 de febrero de 1858, todas adversas a la dictadura y al autorismo, que, al fin y al cabo, lo alejaron definitivamente de los grupos gobernantes que favorecían al hatero seibano.

Pero si en asuntos políticos supo ser un poco resignado, en materia económica fue tajante y combativo, sobre todo frente a las inclinaciones baecistas de manejar las riquezas del país y de aprovecharse de los recursos comerciales de los importadores-exportadores de la región del Cibao. Por eso fue protagonista de primera fila en la revolución del 7 de julio de 1857 que se levantó para impedir que la rapiña gobernante tomara para sus beneficios personales el producto monetario de la siembra y manejo del tabaco y otros frutos de la agricultura nativa.

Fue tres veces Vivepresidente de la República y Presidente provisional de una Junta de Gobierno Restauradora, posiciones desde las cuales puso siempre de manifiesto sus grandes dotes avanzados de estadista y de excelente orador, así como su reputación de hombre ilustrado, pero sobre todo honesto. Por eso murió en la pobreza, ya que sus pocos haberes y, más que nada, su producción intelectual, los primeros ganados principalmente en el ejercicio de la abogacía, se perdieron con el siniestro que destruyó a Santiago de los Caballeros en el sacrificio a que condujo esta ciudad el patriotismo restaurador.

Traído aquí a la capital en calidad de confinado, al igual que su amigo Teodoro Stanley Heneken, señalados como destacados opositores de Buenaventura Báez,



murieron uno tras otro en el curso del mes de octubre de 1865, de una manera sospechosa, en los mismos días que los clásicos oportunistas de nuestra política, especialmente de la ciudad capital, luchaban por traer de nuevo al poder a este caudillo inescrupuloso que tanto la historia ha repudiado.

Lo cierto es que, enterrados ambos con hipócritas manifestaciones de duelo, muy pronto sus restos no reclamados por ningún familiar, ya que ambos no tenían descendientes directos, se perdieron en el anonimato del Cementerio donde fueron sepultados. De ahí que todavía no se haya podido establecer si efectivamente fueron envenenados como señala la tradición. Seguramente, sus enemigos de entonces en el poder hicieron desaparecer cualquier posible prueba acusatoria que en el presente podría encontrarse. Por eso estaremos siempre condenados a llorar una triste situación difícil de reparar.

¡Pobre Benigno Filomeno de Rojas, olvidado injustamente por muchos años, pero que ahora le queda por lo menos este cenotafio que mantendrá su recuerdo de manera imperecedera, siempre esperando que la Providencia traiga algún día sus despojos mortales aquí, aquí, mismo donde tanto se lo merece!

Reitero pues mis felicitaciones al superior Gobierno por haber hecho posible que esta traída inmortal descance unida en este altar de la perpetuidad procera, sobretodo encabezando un recinto donde la gratitud nacional muestra sus mejores galas para venerar las glorias humanas que nuestra historia ha consagrado con carácter estelar.

(Discurso pronunciado en el Panteón Nacional al ser depositados en los nichos centrales los restos del Prócer Gregorio Luperón y dedicar un cenotafio al también Prócer Benigno Filomeno el 14 de agosto de 1997).

